

CONFIRMACIÓN Y COMUNIDADES DE FE PARA UNA PASTORAL RENOVADA

Un equipo del Servicio de pastoral sacramental y litúrgico de Bruselas, formado por P. De Clerck, B. Raveschot-Derwe, M.H. Fournier, M.M. Gesché, Ch. Gillet, J.t Serstevens, J. Van Brussel, E. Vander Goten ha estudiado durante varios años el problema de la Confirmación. Después de una encuesta y una profunda reflexión, pectoralistas y teólogos, catequistas y maestros han intentado dar un poco de luz sobre este conjunto tan complejo.

Confirmation et communautés de foi. Pour une pastorale renouvelés, La foi et le temps, 10 (1980) 411-428

OPCIONES PASTORALES: HOY PARA MAÑANA

¿Hay una solución?

¿Se encontrará finalmente la solución al problema de la confirmación? ¿Es preciso confirmar a los doce años? ¿Se ha de retrasar hasta una edad más avanzada? Creemos que esta no es la forma de plantear la cuestión, pues no responde a los datos reales del problema.

En el momento de describir la práctica pastoral que se ha de seguir aparecen dos tentaciones.

Una solución única

La primera tentación sería escoger una solución y decidir para siempre que ésta es la buena. "Hay que confirmar a los siete años", o "es preciso retrasar la confirmación hasta después de la adolescencia".

Esta manera de proceder nos parece errónea pues la elección será necesariamente arbitraria. Los capítulos precedentes¹ lo han mostrado: los problemas son numerosos y complejos. ¿Es posible pensar que hoy, en un mundo y una iglesia en cambio, se puede determinar que no hay más que una forma de celebrar la confirmación, idéntica en los lugares de tradición cristiana y en los otros, en las ciudades y en el campo, en el mundo popular y en las clases burguesas?

Además :¿no es peligroso tomar partido de forma teórica en favor de una sola práctica pastoral, o querer presentar una utopía?

No entramos en esta forma de razonar. Para nosotros, lo esencial consiste en buscar, en función de las situaciones concretas, cómo hacer renacer con éxito la iniciación cristiana de los jóvenes. La mejor pastoral de la confirmación será la que emplee tiempo en analizar la situación, en preguntarse sobre la vitalidad de la comunidad, sobre los interrogantes de la juventud, para elaborar en equipo una especie de "plan quinquenal" y ponerlo por obra, sin olvidar una evaluación continuada.

Dos posiciones radicales

Pero todavía hay otra tentación. Se han recordado los lazos indisolubles de la confirmación y el bautismo. Ahora bien, muchos se preguntan sobre la legitimidad o al menos la oportunidad del bautismo de los niños y más ampliamente sobre la pastoral del bautismo. ¿No ha llegado el momento de reunir de nuevo bautismo y confirmación, restaurando las prácticas que ya existieron en la historia? Hay dos caminos posibles.

1. *Restaurar las costumbres antiguas* y celebrar la confirmación al mismo tiempo que el bautismo de los niños. Esta es la práctica actual de las Iglesias de Oriente, que incluso da la comunión a los niños. De hecho, podemos preguntarnos si las razones que han separado la confirmación del bautismo valen todavía hoy. Dado que el Vaticano II ha abierto la puerta a la celebración de la confirmación por un sacerdote, habría en la celebración común del bautismo y de la confirmación, una solución simple, práctica y tradicional. ¿No sería razonable al menos para los padres cristianos?

2. *Generalizar el bautismo de adultos*, y hacer que le siga inmediatamente la confirmación, tal como está previsto en el ritual del bautismo de adultos y de los niños en edad escolar. Suprimir el bautismo de niños y generalizar el de adultos sería liquidar el problema de la confirmación; salvo razones especiales, ésta se celebraría al mismo tiempo que el bautismo.

Estas dos soluciones resuelven radicalmente el problema de la confirmación, suprimiéndolo. Pero ¿son algo más que seudosoluciones? En el fondo dejan íntegro el problema fundamental: ¿cómo provocar el deseo de Jesucristo a los que han sido bautizados y confirmados de pequeños? ¿Cómo hacer descubrir el camino cristiano y caminar hacia el bautismo y la confirmación a los que no han sido bautizados de pequeños?

Estas soluciones que tienen la ventaja de ser radicales, ¿son realizables? ¿No es demasiado arqueológica la primera y utópica la segunda? En todo caso en las condiciones actuales de la mayoría de las comunidades resultan inaplicables.

Además, estas posiciones extremas no parecen fecundas. Satisfacen el espíritu racional de algunos teólogos, pero no responden a las preocupaciones pedagógicas de pastoralistas y catequistas. A un problema de evolución y crecimiento, responden con una solución puntual, bloqueando las dos etapas.

El escalonamiento: una opción a elegir

La actual separación entre bautismo y confirmación es una opción a elegir. En una época en que los jóvenes tienen necesidad de más tiempo para asimilar la información que les asalta continuamente, en un tiempo en que los compromisos son más difíciles de tomar, ¿no sería bueno que existiesen varias etapas para llegar a ser cristiano? Más que soñar en reagrupar bautismo y confirmación, ¿no sería preferible escalonar las dos etapas sacramentales? Su separación ofrece la ventaja de un desarrollo progresivo y una asimilación que respeta los diversos ritmos.

Readoptar la antigua práctica oriental sería promover una pastoral regresiva. ¿Quién negará que es deseable que los confirmandos estén metidos de lleno en el hecho que les concierne? Que el bautismo de los niños sea justificable es una cosa; ¡otra es desear que otros sacramentos sean todavía celebrados en la inconsciencia! Después de siglos de separación entre bautismo y confirmación, cuando la cultura occidental ha puesto de relieve el lugar de la persona humana, es muy positivo que los niños y jóvenes puedan desear ser confirmados y sentirse responsables de dicho acontecimiento.

Nuestra convicción es muy clara: no creemos que exista una práctica de la confirmación bien definida, que sea la única posible. No cabe pensar en una única solución dictatorial. Será necesario buscar los grandes ejes de una pastoral de la confirmación que sea lo más fundamentada y realista posible.

Fieles a nuestro camino, propondremos las opciones que se desprenden de nuestro trabajo y que sirvan para evaluar la confirmación con vistas a mejorarla.

Opciones para el futuro

1. El primer objetivo es que lleguen a ser cristianos los jóvenes y no la confirmación considerada en sí misma. No se resolverán bien los problemas de la confirmación si no se los sitúa en relación al fin fundamental: que los niños y jóvenes puedan responder plenamente a las llamadas vitales que oyen, y que descubran en ellas, si es posible, a Aquél que les es anunciado y sigan a Jesucristo.

El medio privilegiado para alcanzar este objetivo y poner en marcha una pastoral de confirmación es una *comunidad* donde puedan encontrarse jóvenes y cristianos de toda edad para confrontar sus experiencias a la luz de la Palabra y ser estimulados en sus proyectos. Una comunidad donde los jóvenes tengan su lugar, se les reciba tal como son, con sus dudas, sus cambios, sus preguntas molestas. En resumen, un lugar donde su identidad cristiana pueda crecer y fortalecerse con la mayor libertad posible.

Teniendo presente este objetivo es preciso replantearse la catequesis de confirmación: su duración, su organización, sus programas, el ritmo de sus encuentros. La catequesis está al servicio de los jóvenes y de su formación, no al revés. No limitemos el tiempo de la catequesis a la época que precede a los doce años; preocupémonos del acompañamiento catequético de los jóvenes a lo largo de su formación.

2. Las diversas etapas de la iniciación cristiana están orientadas hacia el llegar a ser cristianos, que alcanza su cumplimiento en la Pascua de Cristo. Las diversas etapas que componen la iniciación cristiana: bautismo de niños, primera comunión, catequesis, comunión solemne o profesión de fe, confirmación... han tomado formas sociales concretas, resultado de una evolución histórica, y por tanto no tienen nada de inmutable. El estudio de la historia muestra la libertad que hay que tener en estos asuntos.

Entre las diversas etapas actuales, exceptuando el bautismo y la eucaristía, hemos de dar *prioridad a la confirmación*. Esta opción está dictada por el significado cristiano de la confirmación: confirma una vida bautismal vivida en la comunidad eclesial, lugar donde actúa el Espíritu y que encuentra su realización plena en la celebración de la Eucaristía. Es el dinamismo de la vida bautismal que exige ser confirmado en el seno de la

comunidad cristiana y que desemboca normalmente en la comunión eucarística. Se encuentra aquí el lazo profundo e indisoluble entre comunión de espíritu y comunión eucarística, entre comunidad cristiana y comunidad de mesa.

Destacar la confirmación es relativizar la "comunión solemne" y la "profesión de fe".² Está claro que la meta del irse haciendo cristiano es el vivir la comunión, y en este sentido la Eucaristía queda como el término de toda la iniciación cristiana. Tampoco se puede llegar a ser cristiano sin afirmar la fe y proclamarla, y así la profesión de fe es indispensable para todo cristiano.

Por ello, dar importancia a la confirmación no implica necesariamente suprimir otros pasos, sino que no nos resignemos a equiparar la confirmación al rito social de los doce años. En contraposición, la comunión solemne, la profesión de fe y otras fiestas de la fe pueden servir para ayudar al proceso de crecimiento cristiano y dar un tono religioso al rito del paso de los doce años.

En cada situación concreta, esta opción puede dar lugar a prácticas diversas. Donde se viva el rito social cristianamente, la confirmación puede darle mucha más fuerza. Allí donde la fiesta de los doce años no tenga nada de cristiano, es mejor situar la confirmación en otro momento para dar el relieve a su significación cristiana.

Un tiempo entre las dos etapas puede dar cierta flexibilidad a la iniciación cristiana. Pero hay que poner en guardia contra un retardar la Confirmación sin un acompañamiento pastoral y comunitario.

3. Otra opción tiene relación con *las edades*. Es claro que no hay una edad exclusiva para la confirmación. Pensar que la solución buena es confirmar a los doce o más tarde, es situarse en una perspectiva demasiado estrecha. Es preciso romper el lazo automático entre la confirmación y los doce años, pero no provocar una guerra santa para probar que la edad idónea son los trece o los dieciocho años y creer que así todo quedará solucionado.

Hemos de reconocer que nuestros sucesivos sí a Dios, aunque resuenen en el seno de la comunidad eclesial y sean reconocidos por ella, nunca se han pronunciado de una vez por todas. No obligan por la fuerza del pasado. Nuestra fe ha de irse adaptando a las experiencias diversas que vamos haciendo.

No hay que olvidar que desde Abraham a San Pablo, el acercamiento al Padre y a Jesús da a los creyentes una vocación nómada. ¿No somos viajeros que no tenemos en la tierra nuestra casa permanente? Y como todo viajero, tenemos nuestras etapas y nuestros albergues.

Un momento óptimo

Aunque no exista una "edad (de oro) sagrada", hay para cada persona algunos, momentos óptimos. Están situados en la convergencia de tres condiciones:

1. El sentimiento del niño o del joven de *estar preparado*, de poder tomar una decisión personal. Si la preparación se hace de modo conveniente el candidato debe ser capaz de

decir si quiere tomar un compromiso personal. En el momento en que se le considera capaz de tomar una orientación vital, es preciso colocarse en situación de hacer una elección y asumirla, y no tomarla por él. Muchas prácticas y conveniencias han de ceder el paso ante esta convicción. Demos confianza al joven: él sabe también lo que le pasa.

2. La capacidad del niño o del joven de situar el paso que hace en un *camino* de vida, de fe. El gesto que hace ¿es el último antes de dejar el compromiso o le llevará más lejos? ¿Cómo ve el futuro?

3. El *reconocimiento* de este compromiso por la comunidad cristiana. Así como ésta debe invitar, interpelar, mantener la tensión de una llamada, así también debe poder acoger la respuesta de los jóvenes, reconocer si su marcha está animada de un espíritu evangélico. Los candidatos han de percibir que su camino es bueno y es recibido por otros que les dan confianza en nombre de Dios.

¿Riesgo de ahogo?

El riesgo de esta forma de actuar es que se prolongue sensiblemente el período de preparación a la confirmación y como consecuencia:

- la exigencia de un esfuerzo de regularidad e intensidad que sobrepasa frecuentemente la capacidad de las personas en cuestión;
- un ahogo progresivo de los candidatos, que experimentan el sentimiento doloroso de que se les retrasa la meta que se espera alcanzar. El objetivo aparece lejano; no creen poder llegar si no es al precio de un largo camino, en el que no descubren una parada. Se encuentran frustrados y descorazonados, tanto más cuanto se espera de ellos una reflexión que les interesa poco, que no les entusiasma y que no les da impresión de que avancen.

Es preciso fijar la edad de la confirmación, no según nuestro punto de vista de personas adultas, sino teniendo en cuenta la realidad de las personas. Las tres condiciones antes mencionada nos pueden ayudar a ello.

La manera más rica y fecunda de abordar la confirmación es considerarla como un *acontecimiento que atañe a la comunidad cristiana y no a los individuos*. En todo sacramento, el don de la gracia se realiza a través de una celebración de la Iglesia. Esta orientación puede evitar individualizar o privatizar la confirmación.

Es la comunidad cristiana la que *propone la confirmación*, si quiere ser fiel a su misión evangelizadora. Idealmente la decisión de confirmar debería ser tomada de común acuerdo entre el candidato, sus padres y los representantes de la comunidad cristiana (catequistas, pastores...); en este diálogo el candidato puede testimoniar su deseo o reticencia y los otros pueden apreciar las orientaciones de su vida y sus proyectos.

Es también la comunidad cristiana la que *confirma a sus miembros*. Lo hace cuando está convencida que los candidatos han empezado a percibir la vida del Espíritu, a descubrir sus frutos (amor, alegría paz... Ga 5, 22) y también todo lo que le ahoga. Para confirmar la comunidad hace un llamamiento al obispo o delegado. Este no está por encima de la

comunidad, es un miembro de ella, aunque no forme parte de dicho grupo. Es esencial situarlo no como un pontífice que da solemnidad, sino como el pastor que en nombre de Cristo recuerda el camino del Evangelio y testifica que el Espíritu de Jesús realiza un nuevo Pentecostés. El obispo da al acontecimiento local su amplitud y universalidad, abriéndolo hacia otros grupos y aspectos de la vida de la Iglesia.

Fijémonos bien que la comunidad y el obispo no confirman exactamente en el mismo sentido; la comunidad avala la fe de aquellos que presenta al obispo; éste ejerce, como pastor, el ministerio de Cristo, de quien es figura.

Finalmente, es la comunidad cristiana la que *acompaña a los* suyos, tanto antes como después de la confirmación, ya que la vida es una continuidad y nunca se detiene. Para que este acompañamiento sea fecundo es mejor que los padres estén en el ajo del asunto, ya que aislarlos de su medio familiar es disminuir el trabajo que se quiere realizar con ellos.

Lo que no debe hacerse

Exponemos de forma negativa el sentido de las opciones que hemos indicado:

1. No queremos reducir el problema de la confirmación a una cuestión de edad: doce años o más tarde. El dilema olvida el problema esencial: ¿cómo conseguir la iniciación cristiana de los jóvenes?
2. ¡No imaginemos que los niños o jóvenes son puros espíritus! Como toda persona tienen necesidad de puntos de referencia que les permitan su progreso. Evitemos que otros tomen las decisiones en su lugar.
3. No aceptemos que la confirmación sea una pieza que podemos desplazar según las circunstancias para tapar un vacío. Si vemos un gran vacío entre los doce años y la edad adulta, analicemos la cuestión por sí misma, sin utilizar la confirmación para solucionar este problema.
4. No admitamos que los problemas de la confirmación se solucionen sólo a partir de costumbres: se confirma este año porque se hizo el pasado; a esta edad, porque siempre se ha hecho así; en tal fecha porque es costumbre o en función de la agenda del obispo.
5. Rehusemos fragmentar los diversos aspectos de la formación cristiana de los jóvenes, particularmente en la confirmación: una catequesis sin relación a lo que han hecho anteriormente; un acompañamiento sin tener en cuenta lo que se hace en la escuela; una celebración desconectada de la preparación; un obispo que aterriza a última hora, sin saber demasiado en qué ambiente se encuentra.
6. No hay que reflexionar sobre la confirmación independientemente del contexto en el cual se sitúa. En primer lugar el contexto eclesial: ¿cómo unirla con la pastoral del bautismo y la iniciación a la primera comunión? ¿No sería ventajoso hacer de vez en cuando alguna evaluación del trabajo en común? ¿Cómo se sitúa la confirmación en el acompañamiento catequético? ¿Qué relación hay con la comunidad de jóvenes

confirmados en años anteriores? ¿Están situados los padres en este proceso? ¿Qué proyecto de Iglesia se presenta a los jóvenes?

También el contexto socio-cultural ¿en qué ambiente nos encontramos? ¿Qué necesidades tienen los jóvenes? ¿Qué proyecto de sociedad viven?

Sin esta visión global, la pastoral de la confirmación será parcial, puntual... y decepcionante para sus responsables.

CONCLUSIÓN: CONFIRMAR EN COMUNIDAD DE FE

El redescubrimiento del aspecto eclesial de los sacramentos y en particular de la confirmación hace que la cuestión que esté en primer plano sea la de la confirmación, y no tanto la de los candidatos. Puesto que la confirmación no es tanto una recompensa para los individuos sino un confirmar una vida cristiana nacida en el seno de la Iglesia y desarrollándose en ella, es indispensable preguntarse si la comunidad está a la altura para suscitar y acoger los nuevos confirmados y si tiene el derecho de proponer la confirmación. Proponer así el problema evita que los adultos impongan las condiciones a los demás antes de interrogarse ellos mismos.

¿Qué comunidad puede proponer la confirmación?

- a) una comunidad cuyos miembros crean en el Evangelio e intenten vivir una experiencia espiritual en su existencia cotidiana;
- b) una comunidad preocupada por los jóvenes y su formación cristiana, capaz de abrirse para dejarles lugar y ser transformada por ellos;
- c) una comunidad preocupada por los problemas vitales de sus contemporáneos, estimulando a sus miembros a que se inserten en el mundo.

Indicar estos tres puntos no es describir una comunidad ideal. ¡No se exige que sea perfecta! Se pide una abertura a estas dimensiones.

¿Qué Iglesia puede confirmar? O en sentido más concreto: ¿En qué lugar de la Iglesia confirmar? ¿En la escuela, en grupo de catequesis, en la parroquia? La respuesta habrá que darla en función de los criterios dados en este capítulo. Pero es evidente, teniendo en cuenta el sentido eclesial del sacramento, que no se confirma en un ghetto, en un pequeño grupo cerrado o en un club privado. Tampoco se trata de ahogar a los niños o jóvenes en una gran asamblea en la que no puedan reconocer su comunidad eclesial. Parece que en el futuro será ventajoso diversificar los lugares de la celebración de la confirmación.

¿A quién proponer la confirmación?

Hacerse esta pregunta supone que todo el mundo no se debe confirmar. ¿Quién sería conveniente que se confirmase? Según nuestro modo de ver, no es la edad -que sean

niños, jóvenes o adultos- el único criterio de discernimiento. Pensamos que no hay ningún inconveniente en ser confirmado (e incluso bautizado) en la edad adulta; seguir pensando lo contrario, sería unir la confirmación a una cosa de niños.

Es deseable proponer la confirmación a los cristianos:

- que han empezado a vivir su fe bautismal en su medio vital;
- que están conectados con una comunidad cristiana, en la vida de la cual toman parte bastante regularmente y en la que tienen apoyo sus proyectos;
- que desean ser señalados por el Espíritu Santo, ya que han descubierto su acción en su existencia, para intensificar su vida cristiana, para un mayor compromiso y participar más activamente en la vida de la comunidad, principalmente a través de la celebración de la eucaristía.

¿Y los otros? ¡Nuestra intención no es abandonarlos! Pero, para acogerlos, ¿es necesario introducirlos en un proceso sacramental? Al definir estas tres condiciones no queremos ser sectarios, sino simplemente decir que en la vida de la Iglesia los sacramentos no lo son todo. Este problema nos interpela profundamente sobre lo que la Iglesia puede ofrecer en realidad fuera de las celebraciones sacramentales. ¿Dónde encontrarse y crear lazos? ¿Cómo dinamizar personas o grupos para que haya más justicia, lucha contra la opresión, búsqueda de paz? Hay una pastoral que corre el riesgo de no pensar más que en los sacramentos.

Si se estuviese más preocupado de vivir el evangelio en los lugares en que uno vive, se encontraría más fácilmente a quién conviene confirmar.

Para abrirse al futuro

Una idea se destaca del camino recorrido: no se puede considerar la confirmación de forma aislada, ni en la evolución de los individuos, ni en la vida de una comunidad cristiana. La confirmación toma su pleno sentido *en el seno de una comunidad de fe*. En ella puede tener sentido, puede intensificar la relación con Dios que ya ha comenzado para hacerla avanzar en la vida de los jóvenes; en ella puede celebrar una experiencia espiritual, el descubrimiento más profundo de Jesús. Una confirmación de la llamada entendida también como respuesta de los jóvenes; una confirmación de la escucha del Otro como compromiso sin retorno, podría dar a las comunidades su dinamismo evangélico, para ser fermento en la masa.

Se trata de una mutua influencia: sin comunidad viva, ¿dónde descubrirán los jóvenes una fe estimulante? Sin la aportación de los jóvenes confirmados por el Espíritu en su vida cristiana, ¿cómo se renovará la comunidad cristiana para hacer frente a los desafíos lanzados hoy a la fe?

A no ser que los jóvenes encuentren un grupo cristiano a su medida no podrán ser estimulados a recorrer este camino y ser confirmados en la fe. Captarán, por otro lado, como un signo de confianza y un estímulo el hecho de ser acogidos, animados y

reconocidos como capaces de dar este paso. A su vez ellos revitalizarán la comunidad aportando su juventud, sus preguntas y sus talentos.

¡Un proyecto de esta clase supera con mucho la confirmación! Es toda una forma de entender la vida, la fe, la Iglesia la que está en juego. Se trata de un espíritu y no sólo de una organización pastoral. Más que la pastoral de la confirmación lo que está en juego es la imagen de Iglesia.

¿Una utopía?

¿Es una utopía la confirmación en el seno de una comunidad de fe? Sí, si se mira bajo el punto de vista individual de los padres que vienen a pedir la confirmación para sus hijos. ¡Cómo hablarles de comunidad cristiana, cuando no es esto lo que buscan! A partir de tales necesidades nuestro proyecto parecerá irrealizable. Además se constata que intentar que evolucionen las peticiones individuales, permaneciendo en el cuadro en donde ellas se sitúan, no da resultado. ¿Estamos en un impase?

No, no es una utopía intentar situar la confirmación, como cualquier otro sacramento, en el seno de una comunidad cristiana. Es un camino hacia el futuro, si uno piensa en tantos cristianos disgustados por ceremonias sin sentido y estructuras inadaptadas. Lo que muchos desean son lugares donde puedan conjuntamente tomar la fuerza del Evangelio, descubrir en qué es Cristo fermento y luz, dejarse reanimar por el Espíritu de cara a los trabajos humanos, compartir su fe en verdad y humildad. Estos grupos, ¿no son los mejores lugares para llegar a ser cristianos y confirmados en el Espíritu de Jesús? Y a largo plazo, ¿no puede esperarse que estos grupos serán los mejores para acoger las peticiones individuales?

Pero se dirá, ¡estamos muy lejos de estas comunidades! Es verdad; pero esto varía de un lugar a otro. Habrá que empezar un nuevo libro para describir el paso de las formas actuales de la Iglesia hacia esta nueva imagen. Intentemos dar algunas pistas.

Un objetivo

En principio todo grupo humano se reúne alrededor de un objetivo. ¿Queréis que los hombres se entiendan? escribía Saint-Exupéry, dadles una torre para conquistar. Se dan tantos intentos y titubeos porque no es fácil describir la misión de la Iglesia en la sociedad occidental actual. Si se viese claramente cuál es la torre que hay que conquistar, los proyectos serían más fáciles de diseñar y cada uno podría decir si forma parte de ellos o no.

Hoy cada grupo está llamado a definir sus objetivos. Sin esta clarificación, no es fácil hacer una comunidad.

El huevo y la gallina

No se puede esperar a que se realice la comunidad perfecta para colocar en su lugar la confirmación. Es la eterna historia del huevo y la gallina: es preciso empezar por alguna

parte. Trabajar en el sentido que proponemos cara a la confirmación, es también colaborar, parcial pero realmente, en el nacimiento de estas comunidades eclesiales. No se puede cambiar todo en un día. Pero es preciso dar un paso hoy, para poder avanzar otro mañana.

Una Iglesia abierta

En fin, hablar de comunidades y trabajar en su génesis, no ha de consistir en excluir personas. En todo grupo humano habrá siempre un núcleo de personas comprometidas, un cierto número de interesadas, los simpatizantes y los participantes ocasionales. Una comunidad cristiana debe admitir estos círculos concéntricos y estar abierta a todo creyente, sea cual fuere su camino, más que constituirse en el ghetto de los puros.

Pues el Espíritu sopla donde quiere...

Notas:

¹El texto apareció en la colección «Dossiers libres», en las ediciones du Cerf. El artículo reproduce el último capítulo que saca las consecuencias pastorales de los cuatro capítulos precedentes. (N. de la R.)

²La «comunión solemne» y la «profusión de fe» designan aquí dos ceremonias, situadas hacia los doce años, y muy populares en Bélgica. El A. coloca las palabras entre comillas para indicar que se refiere a las ceremonias y no a la comunión misma o la profesión de fe a las que debe llegar todo cristiano. (N. de la R.)

Tradujo y condensó: EDUARD POU